

mente hallareis que el de vuestro prójimo es respetable en comparacion del vuestro. Si por el contrario el vuestro os parece bueno, hallareis feo el de vuestro prójimo. Así que os guardareis bien de maldecir á quien quiera que séa, si pensais más bien en reprenderos á vos mismos. »

Para mejor conservarse en la humildad pensaba tambien que convenia más mostrar á los otros lo que debian hacer practicándolo él mismo que reprenderles ó darles órdenes. (Cot. 1. I. p. 633.) Un religioso le dijo un dia : « Padre mio, yo no vivo solo, sino con otros hermanos ; ¿ me aconsejais vos que les prescriba lo que deben hacer ? » — « No, respondió él ; más bien hacedlo vos mismo, y si ellos tienen buena voluntad de ejecutarlo, verán en vos lo que han de practicar. » — « Pero, replicó el religioso, frecuentemente me han testificado que deseaban que yo les prescribiese. » — « Yo no soy de esta opinion, replicó el Santo ; yo pienso que es mejor que vos les sirvais de modelo, que no que os hagais legislador. »

La paciencia y la suavidad son hijos de la humildad, mientras que el odio y la envidia la combaten y destruyen ; por lo cual detestaba él tanto estos vicios cuanto recomendaba estas virtudes. Decia un dia á un solitario : « No permanezcáis en un lugar en el que os apercibais que algunos hermanos hayan concebido odio contra vos ; porque allí no podreis hacer el menor progreso en la virtud. » Decia que un verdadero monje no sabia disputar ni volver mal por mal ni encolerizarse. Un hermano le hizo un dia esta pregunta : ¿ En qué consiste, padre mio, el encolerizarse á propósito contra su projimo ? » A lo cual respondió él : « Cualquier injuria que otro hermano os diga, si por esta causa os irritais contra él, esto no viene á proposito, aun cuando él llevase la maldad, hasta arrancaros el ojo derecho ó cortaros la mano derecha. Os lo repito : si os encolerizais contra él, es un despropósito ; pero si el quiere

separaros de Dios esto es otra cosa ; en este caso podeis animaros de justa cólera. »

Otro solitario le preguntó como debian entenderse aquellas palabras de la Escritura : No devolvais mal por mal. Él le respondió : « Esto tiene cuatro grados : 1º El resentimiento del corazon ; 2º el aspecto ó aire que se toma ; 3º la palabra ; 4º la accion. Si reprimis el movimiento del corazon tambien contendreis el aspecto, y vuestra emocion no dejará traslucirse en el rostro. Y si os parece estar conmovido, detened la lengua. Pero si por ultimo os escapa alguna palabra, deteneos al instante, sin lo cual pronto llegareis á devolver mal por mal. »

El abad Bitimio fué á consultarle el siguiente caso : « Si alguno ha concebido enemistad contra mí y persevera en su aversion aun cuando he procurado suavizarle pidiéndole perdon, ¿ cómo debo portarme ? » Él le respondió : « Tomad con vos á dos hermanos, y en presencia suya id todavia á echaros humildemente á sus pies y pedidle perdon. Si se niega á concederoslo, ir allá por seguida vez acompañado de cinco hermanos ; si todavia resiste llevad con vos al sacerdote y haced como antes ; si á pesar de esto no se rinde rogado á Dios que toque su corazon y quedaos tranquilo. »

Hablando un dia de aquellas palabras del Evangelio : No puede darse mayor caridad que dar la vida por el prójimo, decia : Si un hermano al que se dice alguna cosa que le molesta, se hace violencia para no contestar, cuando podia replicar en el mismo tono, ó si habiendo recibido algun mal servicio, sufre con paciencia en lugar de devolverlo semejante, puede decirse de él que da su vida por el prójimo. A este mismo propósito decia : « No se reprime la malicia con la malicia ; pero si alguien os daña, hacedle bien y así corregireis su maldad. »

Este gran santo recomendaba mucho que se combatiese

la pereza y la ociosidad, y nobuscarse uno sus comodidades. Exigia de un monje que llevase una vida trabajosa, mortificada, penitente. Leemos en el Evangelio, decia él, *que el que tiene un vestido debe venderlo y comprar con su precio una espada* (Luc. 22, 36.), para darnos á entender que no hay que buscar su reposo y sus comodidades sino que hay que abrazar la mortificacion y andar por la via estrecha. La pereza, decia él á un hermano que le preguntaba sobre esto, es un vicio capital, ni conozco otro peor; y si llega uno á comprender del todo su felicidad, obtendrá en vez del funesto reposo que consigo trae, la paz verdadera del alma. Añadia que este vicio debe ser mirado por un religioso como una abominacion delante de Dios. La pobreza voluntaria, el trabajo, el ayuno, son la herencia del solitario, y segun él decia tambien, si á ellos es fiel, Dios habitará en él. Decia tambien que asi como el humo echa á las abejas de sus colmenas, así la pereza echa del corazon del solitario el temor de Dios.

El superior del monasterio le preguntó cómo podria adquirir el temor de Dios. El santo sabia verosímilmente que en su comunidad no habia bastante mortificacion, por lo cual le respondió: « ¿Cómo podremos jamás gloriarnos de obtener este precioso don, si estamos llenándonos el estómago de queso, y nuestro vientre se ha convertido en un tonel de carne salada? »

Decia en otra ocasion: « Si Nabuzardan, jefe de cocina del rey de Asiria, no hubiese ido á Jerusalem, el templo no hubiera sido quemado. De la misma manera si nosotros no nos entregáramos á los deseos de la gula, jamás el enemigo prevaleceria contra nosotros. »

Hay tres cosas decia él de que no podemos privarnos: la comida, el vestido y dormir. Pero de estas tres cosas podemos cercenar lo que es superfluo y reducirnos á lo necesario. Un hermano le dijo que comia demasiadas le-

gumbres; pero él le respondió que debia contentarse con comer unas pocas con pan, y añadió que no recurriese á sus parientes para las cosas que necesitaba; queriendo por ahí darle á entender que más bien debia trabajar por tener lo necesario. Cuéntase tambien de él esta hermosa sentencia. Si un religioso tiene verdaderamente horror á la sensibilidad y á la vanagloria se encontrará libre de la servidumbre del mundo. Finalmente decia que el verdadero medio de sobrepujar todo lo que es penoso, consiste en no quejarse de ello, sino sufrirlo en silencio.

No queria que el monje se contentase con prácticas exteriores de mortificacion y penitencia, si estas no eran efecto de la sincera contricion del corazon. Por esto insistia mucho en la confesion de sus pecados, en la humillacion delante de Dios, en las lágrimas de compuncion, y esto era una de sus principales recomendaciones. Habiéndole pedido un hermano alguna palabra de edificacion, le dijo que los antiguos prescribian á los que comenzaban en la vida religiosa que se excitasen á la contricion y á llorar sus pecados. De la misma manera, añadia él, si un alma se humilla delante de Dios haciéndole la confesion de sus faltas es indudable que Dios le amará en su misericordia.

Otro hermano le preguntó tambien lo que debia hacer habiendo cometido muchos pecados; y él le respondió: « El que quiere purificarse de sus pecados debe hacerlo por las lágrimas, y el que quiere adquirir las virtudes debe igualmente llorar, porque, añadia él, la compuncion es el camino de la salvacion, que la Escritura y los Padres nos han mostrado, diciéndonos frecuentemente: llorad. Ellos no han reconocido otro. Sin embargo no bastaria llorar uno sus pecados para llenar todas las condiciones de una verdadera contricion. El pesar de las faltas que se han cometido no es más que una parte de ella. Hay que añadir á la misma la segunda, que consiste en el firme propósito de no

pecar más. » En este sentido habiéndole preguntado un hermano en qué consistía hacer penitencia de sus pecados respondió « en no volver á caer más en ellos. Porque, añadía él, se dice de los justos que son inmaculados ó sin mancha porque han abandonado el pecado y han sido justificados. »

Otro solitario le rogó también que le prescribiese la conducta que debía seguir y le dijo : « Ya sabéis que se dice en la Escritura que habiendo Abraham entrado en la tierra prometida, compró un sepulcro para ser enterrado en el mismo y que comprándolo poseyó un terreno en propiedad. » — « Pero, preguntó el solitario, ¿ qué quereis darme á entender con esto ? » — « Un sepulcro, respondió él, es un lugar de tristeza y de llanto.

Pidiéndole también otro solitario un consejo, él no le respondió más que aquellas palabras del real Profeta : *Yo confesaré mi iniquidad y meditaré el pecado que he cometido.* (Psal. 37, 19.)

Pidiéndole todavía otro una regla de conducta le dijo : « Cuando Dios nos llame ¿ qué cosa será la que nos dé más cuidado ? » El hermano respondió : « Serán nuestros pecados. » — « Pues, replicó el santo, lo mejor que podemos hacer es retirarnos á nuestra celda y en ella traer á la memoria en reposo con contrición el recuerdo de nuestros pecados, y estemos seguros de que Dios estará siempre con nosotros. »

Por último, hablando de los efectos de la compuncion, decía que esta nos procuraba una doble ventaja : la una de hacernos adelantar en el bien ; la otra de sostenernos en él.

Miraba la obediencia y la renunciacion de su propia voluntad como un eficaz instrumento del alma para llegar á la perfeccion, y decía que el solitario se adelantaba en virtud segun que más desconfiaba de sí mismo, más recur-

rria á Dios en los pesares con una más profunda humildad, y más echaba detrás de sí su propia voluntad ; porque, añadía él, nuestra propia voluntad es como un muro de bronce que ponemos entre Dios y nosotros, ó como una piedra que de él nos aleja. Abandonemos pues nuestra voluntad, y podremos decir con el Profeta : *El muro no me detendrá ; yo lo pasaré para ir á Dios.* (Psal. 17, 30.)

Decía un dia á un solitario : « No sigais jamás vuestra voluntad, sino sometedla humildemente á la de vuestro hermano. Se dice de él, que aun cuando tuvo una gran repugnancia en ir á comer fuera de su celda á la de los otros, sin embargo para no contristar á sus hermanos y para mejor romper su voluntad, iba allá alguna vez aun cuando la violencia que se hacia le hizo derramar lágrimas, y se añade que inmolaba su propia voluntad por seguir la de los otros, tanto por espíritu de sacrificio como por caridad.

Un solitario llamado Abraham, discípulo del abad Agaton, le dijo un dia : ¿ De dónde procede, padre mio, que los demonios me asedian tanto con tentaciones ? » — « Los demonios os asedian, le respondió el santo ; pero creedme, ellos no combaten contra nosotros mientras seguimos nuestra voluntad : Esta voluntad es más bien la que hace contra nosotros la funcion de los demonios, y nos asedia para obedecerles. Si quereis saber quiénes son aquellos con los cuales los demonios han entrado verdaderamente en guerra, sabed que son Moisés y sus semejantes. »

También se encuentra en la *Recoleccion de sus Sentencias*, que recomendaba mucho la práctica de la caridad, no solo la interior que consiste en no juzgar mal de su prójimo y en tener para con el sentimientos de un puro afecto, sino también la exterior, tributándole todos los buenos servicios que se puedan. El abad José le pregunto un dia cómo podría llegar á ser un verdadero solitario ; y él le respondió :

« Vos no gustareis las ventajas de vuestro estado y la paz que en él se experimenta, y no tendreis la recompensa de la otra vida, si no teneis de vos mismo bajos sentimientos diciéndoos : ¡ Ay ! ¿ Quién soy yo ? Añadid á esto la gran regla de caridad, que consiste en no juzgar jamás mal del prójimo.

Otro hermano le dijo : « Padre mio, cuando yo veo caer á un hermano en alguna falta, ¿ es conveniente que no hable de ella ? » — « Si, sin duda, le respondió ; porque si nosotros cubrimos con el silencio las faltas de los demás, Dios cubrirá tambien las nuestras ; y si las divulgamos, Dios manifestará tambien las nuestras. » Otro le dijo tambien : « Padre mio, cuando yo estoy solo en mi celda me encuentro aburrido ó con un temor que me abate. » Él le respondió : « Tened por máxima el no condenar ni despreciar á nadie. Evitad toda disputa y todo propósito contra el prójimo ; y vereis que en recompensa de vuestra caridad Dios os concederá la gracia de gustar el reposo y la tranquilidad de vuestra soledad.

Encuéntanse á veces solitarios, decia tambien, que estan en su celda observando un gran silencio ; pero si en aquel tiempo se ocupan en su interior de la conducta de los demás y les condenan en su corazon, puede decirse de ellos que han hablado todo el dia. Un hermano le preguntó en cierta ocasion en qué consistia la fé practica, y él le dijo : « En vivir en la humildad y en ejercitar la misericordia para con los demás. » Tenemos necesidad decia tambien de tres cosas : del temor de Dios de orar frecuentemente y de ejercitar la caridad para con el prójimo.

Un hermano le dijo que habia encontrado un lugar apropiado para favorecer el gusto que tenia al retiro y en el que podia gozar de gran reposo : « Morad, le respondió él, en donde no causéis molestia á nadie. » Supongamos, decia tambien, que tres solitarios se ponen de acuerdo para

morar juntos, que uno de ellos se aplica mucho á la contemplacion y al reposo de la vida interior, que el segundo está enfermo habitualmente y sobrelleva su mal con sumision y accion de gracias á Dios y que el tercero le sirve con pureza de intencion ; os aseguro que, aun cuando se diferencian en sus practicas, puede mirráseles como que no hacen más que una misma accion y de igual mérito.

Un hermano le dijo en cierta ocasion : « Os suplico padre mio, que me digais si, habiendo prestado una pequeña suma de plata á otro solitario, hallais bien que yo se la pida. » — « Hacedlo solamente una vez, le respondió. » — « Pero, replicó el hermano ¿ cómo podré despues librar mi espíritu del pensamiento que me vendrá si no me la devuelve ? » — « No os dejeis preocupar de esto ; y aun cuando este pensamiento inundase vuestro espíritu, no os hagais importuno á este solitario.

Otro le dijo tambien en otra ocasion : « Encontréme en necesidad hace algun tiempo y rogué á un hermano que me prestase un poco de dinero ; él no me lo prestó, sino que su caridad le llevó á dármele de limosna. Si ahora yo me encuentro en estado de devolvérselo ¿ debo hacerlo, ó distribuirlo en limosna á los demás ? » — « Mas bien hay que devolvérselo, dijo el santo, porque le pertenece. » — « Y si se niega á recibirlo, añadió el hermano, y me dice que lo dé por caridad á alguno, ¿ qué debo hacer ? » — « Os lo repito, respondió el santo. Este dinero le pertenece ; seria vuestro si, sin habérselo pedido, os lo hubiese dado de su propia voluntad. Pero en fin, ya sea que pidais á un hermano ó á un seglar, si cuando le devolveis lo pedido se niega á recibirlo, he ahí lo que teneis que hacer. Distribuidlo de limosna á nombre suyo y despues de habérselo advertido.

Exigia de un verdadero solitario que guardase la modestia de los ojos, que velase sobre sí mismo y que se con-

servase en el recogimiento. Apartad los ojos decia un dia á su hermano Anubcon el real Profeta, apartad los ojos, á fin de que no vean la vanidad ; porque la libertad de los sentidos da la muerte al alma. Decia muy frecuentemente á los demás solitarios : « Acordaos, hermanos míos, que nada nos es tan necesario como velar continuamente sobre nosotros. » Desapeguémonos, decia tambien, de los objetos sensibles ; porque el que se detiene en ellos es semejante á un hombre que se encontrase al borde de un estanque muy profundo y á quien su enemigo podria facilmente empujar dentro y ahogarle. Por el contrario, el que no huye del atractivo de los sentidos, es como un hombre que se encontrase muy lejos de este estanque, de suerte que, aun cuando el enemigo quisiese echarle á él para ahogarle, antes de que hubiese podido obtener su intento, Dios habria venido en su socorro.

Vemos, decia él á un hermano que habia venido á instruirse al lado suyo, que cuando se pone en el fuego un vaso lleno de agua y está calentado por la llama, ninguna mosca ni otro insecto alguno se atreve á acercarse á él ; por el contrario, cuando está enfriado las moscas van á él en gran número. De la misma manera cuando nosotros nos aplicamos con fervor á las cosas espirituales y á los ejercicios de la vida interior, el demonio no se atreve á acercarnos y no puede perjudicar á nuestra alma.

Él no queria que se dejase uno llevar de vanos deseos, ni siquiera á una demasiado grande solicitud por las necesidades de la vida. Echad lejos de vos, decia á un solitario que le pedia consejo á este propósito, todos esos frívolos deseos que nacen en el corazón. Ni siquiera fijeis en ellos por un instante vuestra atención sino estad muy lejos de ocuparos de ellos. Si os veis obligado á ocupar vuestro espíritu con alguna cosa que os sea necesaria, hacedlo en cuanto es preciso. Consiento que volvais á ella por segunda

vez, si se requiere ; pero si el pensamiento se presenta por tercera vez, echadlo como vano y no le presteis más oídos.

Un hermano le pidió algun consejo para conducirse bien en el lugar de su morada y él le respondió : Portaos allí con la misma discrecion con que lo haria un forastero. Jamás pretendais que vuestro juicio prevalezca sobre el de los demás. Observando esto tendreis paz.

He ahí las reglas que daba sobre el silencio. Un hermano le preguntó si era más á propósito hablar que callarse, y él respondió : « El que habla por amor de Dios, hace bien ; y el que calla por amor de Dios, tambien hace bien. Si poneis un freno á vuestra lengua, decia el á otro, en todas partes estareis en reposo. Calquier pena que os sobrevenga, dijo tambien, si sabeis callaros, la habreis vencido. » Un hermano le dijo : Cuando veo alguna cosa, ¿ debo referirla al instante ? » Él le respondió : Ya sabeis lo que dice la Escritura : *El que responde antes de haber escuchado, es un insensato, y se hace despreciar.* Prov. 18, 13.). Así que, cuando, se os pregunta, responded en hora buena ; de otro modo guardad silencio.

Recomendaba la sinceridad y simplicidad religiosa ; y llamaba hipócritas á los que se atrevian á dar lecciones de virtud á los demás, de las que ellos mismos no habian sabido aprovecharse.

Por una de sus sentencias sabemos que los solitarios esparramados por el desierto de Sceté, se dirigian regularmente el domingo á la iglesia para participar en ella de los sagrados misterios, y que se portaban allí con gran afición y fervor. Está escrito, decia él. *Asi como el ciervo desea la fuente de las aguas para saciar su sed, asi tambien mi alma suspira por ti Dios mio.* » (Psal. 40.) De la misma manera pues, añadia, que los siervos tragándose las serpientes en el desierto sienten despues el fuego que les causa el vene-

no, y corren á las aguas para refrigerarse, así también los solitarios, siendo frecuentemente tentados durante la semana por la malicia del demonio, van el domingo á la iglesia para recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que les consuela en las amargas penas que los demonios se esfuerzan en causarles con las diferentes tentaciones con que les atormentan.

Decía finalmente que á la manera que un hombre que quiere edificar una casa reúne los diferentes materiales que necesita, el religioso que quiere levantar el edificio de su perfección, debe también tomar alguna cosa de cada virtud.

SAN BESSARION Y DULAS SU DISCIPULO ¹.

Los Griegos en sus *Ménées* dicen de San Bessarion ó Bisarion que era Egipcio, que fué instruido desde su juventud en las sagradas Letras y que el Señor le favoreció con su divina luz; que su amor a Jesucristo recibió con la edad acrecentamientos en su corazón; que conservó la inocencia de su bautismo, y que se retiró temprano á la soledad combatiendo en ella espiritualmente como sino tuviese cuerpo, despreciando este cuerpo que debía ser un día pasto de los gusanos, y sometiendo de esta manera la parte inferior de sí mismo á la superior, lo cual le atrajo por parte de Dios poderosos auxilios y una particular protección.

La vida de este hombre de Dios justifica este elogio. Se-

¹ Paladio, Cotelier, Tillemont.

gun el testimonio de sus discípulos, podía compararse su vida á la de las aves, ó peces, ó á la de los animales terrestres por el desapego que practicaba. No quería tener casa ni posesión ni morada fija; renunciaba á todas las vanas satisfacciones de los sentidos, hasta se privaba de la que puede hallarse en hacer acopio de libros para contentar con su lectura la curiosidad del espíritu; privábase también de todos los placeres conduciéndose únicamente por la fé viva que le hacía comprender la vanidad de las cosas de este mundo y poner todo su consuelo en la esperanza de los bienes eternos.

Basado en este principio de una fé perfecta y de una esperanza animada de la caridad, se miraba como un forastero detenido sobre la tierra en cautiverio; que andaba errante de un lado á otro, expuesto noche y día á las injurias del aire, sufriendo con una paciencia admirable la desnudez, el rigor del frío, los abrasados ardores del sol ya entre los principios, ya en las vastas llamas de arena, en donde nadie podía habitar.

Y si algunas veces dejaba aquellos lugares inhabitados para ir á aquellos en que moraban los otros solitarios, no entraba en los monasterios sino que se quedaba á la puerta suspirando, llorando y lanzando gritos como un hombre que después de haberlo perdido todo en un naufragio ha sido echado en tierra por las olas; y si entonces algún hermano oyendo sus lamentos salía para preguntarle la causa de ellos, y se ofrecía á darle los socorros que necesitaba, respondía que no podía resolverse á entrar en ninguna parte, hasta que hubiese recobrado lo que había perdido, porque, decía él, yo he caído en manos de los piratas, yo he sufrido un funesto naufragio, yo he decaído de mi rango, y he sido degradado de la nobleza en la que había nacido.

Él quería hablar del estado de inocencia que nosotros perdimos por el pecado de Adán; pero el hermano á quien